

Conceptos freudianos que interrogan una definición de la psicología

Freudian concepts that question a definition of psychology

Antonio S. Gentile

Correspondencia:
antoniojentile.rosario@gmail.com

Filiaciones Institucionales:
Universidad Nacional de Rosario
(UNR). Argentina

RESUMEN: Se trata de la versión transcrita de la lección inaugural del curso de psicología, en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario. El objeto de la clase es presentar los contenidos más importantes del programa de estudio. Se sostiene que la subjetividad humana no es una cualidad íntima del individuo, sino que es consecuencia de los lazos con los otros, determinados por el lenguaje, las reglas sociales y la cultura. Se definen la psicología y el psicoanálisis dando las razones que justifican la vigencia de los conceptos psicoanalíticos sobre la estructura y el funcionamiento del psiquismo. Se propone una discusión entre algunos de esos conceptos y los que componen la definición de psicología.

PALABRAS CLAVE: Psicoanálisis - Pensamiento crítico - Psicología

Cómo citar:

Gentile, A. S. (2022). Conceptos freudianos que interrogan una definición de la psicología, en *Revista psicoanálisis en la universidad* N°6. Rosario, Argentina, UNR Editora. Pág 189 - 208.

ISSN: 2683-9938 (en línea)



Licencia: Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

Responsabilidad editorial:
Universidad Nacional de Rosario.
Argentina. Facultad de Psicología.

Recibido:

18 - 02 - 2022

Aceptado:

09 - 03 - 2022

Publicado:

05 - 05 - 2022

ABSTRACT: This is the transcribed version of the inaugural lecture of the psychology course, in the Faculty of Psychology at the National University of Rosario. The purpose of the lecture is to present the most important contents of the syllabus. It is argued that human subjectivity is not an intimate quality of the individual, but is a consequence of the bonds with others, determined by language, social rules and culture. Psychology and psychoanalysis are defined, giving the reasons that justify the validity of psychoanalytic concepts on the structure and functioning of the psyche. A discussion is proposed between some of these concepts and those that compose the definition of psychology.

KEY WORDS: Psychoanalysis - Critical thinking - Psychology

APERTURA, ALGUNAS REFERENCIAS A LA HISTORIA DE LA CARRERA Y LA PROFESIÓN

Me emociona, me conmueve especialmente la presentación que hizo el secretario de Asuntos Estudiantiles de nuestra Facultad, Psc. Nahuel Senzamici, con tanto afecto y reconocimiento, cosa que agradezco porque en su decir nos introdujo en uno de los temas que hoy vamos a considerar.

Comencemos con dos perspectivas de su discurso: el tiempo de nuestra historia como colectivo socio-cultural y la generosidad. Hace cuarenta años, para la época que nos desmembraban la patria, no teníamos profesión y nuestro título universitario, psicólogo/a, se consideraba “subversivo”. Éramos, según la dictadura militar, “agentes peligrosos para la paz social o la seguridad nacional”. Estudiar a Sigmund Freud, o, a Jean Piaget, era contrario a los valores nacionales y a las cristianas verdades establecidas. No me crean, vayan, busquen en los libros, en los diarios de esa época, “googleenlo”, o, consulten Wikipedia, y, después, me cuentan; me estoy quedando corto. Les aseguro que para la dictadura militar, tanto la de 1966, como la del 1976, esos genocidas, estudiar psicología y recibirse era ser portadores de una especie de virus muy peligroso; no éramos portadores de un título universitario de primer nivel, obtenido con el trabajo sostenido del estudio, éramos una especie de locos y locas, y en consecuencia fuimos reprimidos por la “revolución argentina” (1966) y por “el proceso de reorganización nacional” (1976). En lo real, la represión fue palos, cárcel para muchos, cesantías arbitrarias, y desaparición de compañeros y colegas cuyos nombres ustedes pueden leer en el permanente homenaje que les ha-

ceamos en el acceso a nuestra Facultad. La carrera estuvo cerrada varios años, las incumbencias de nuestro título fueron groseramente limitadas, a punto tal que para trabajar en psicoterapia lo debíamos hacer bajo la tutela de un médico. En pocas palabras, ese era el panorama hacia fines de los setenta. Pero tanto atropello fue consolidando entre nosotros la necesidad vital de hacer algo para nuestra defensa y en oposición a una política de estado que apuntaba a nuestra desaparición como personas y como profesión. Así podríamos expresar nuestra causa común consistente en la organización social y el reconocimiento legal de nuestro trabajo, causa cuya legitimidad recorría la conciencia de todos los psicólogos y psicólogas de la Argentina.

En cuanto a la generosidad, más allá del don en el plano individual, es algo bello que surge por la entrega singular al logro de la causa común. Es en el lazo con el otro, en el dar y recibir, en la humildad que exige la lucha permanente por la dignidad y el honor, como se manifiesta la generosidad. Les digo esto porque creo que así ha sido la naturaleza del sentimiento profundo de co-pertenecer a un sector social que debía organizarse y luchar por su pleno reconocimiento social y legal. Se trabajó muy duro hasta que en el 84, con la restauración de la democracia y la presidencia del Dr. Raúl Alfonsín, empezáramos a lograr todo lo que nos habíamos propuesto en cuanto al reconocimiento pleno de nuestro título, nuestras organizaciones, nuestro trabajo y las instituciones de la psicología en todo el país.

Haber aportado algo a nuestra causa común me da la tranquilidad de cerrar mi carrera académica y profesional rodeado del afecto del conjunto de mis compañeros de trabajo, con quienes desde hace tanto

tiempo venimos bregando en el mismo camino. Hemos conformado un grupo de trabajo comprometido con el ideario supremo de la Universidad Pública a partir de una labor intelectual y de formación permanente.

OBJETIVOS Y CONTENIDOS DE LA CLASE

La materia Psicología pertenece al Departamento de Psicoanálisis y al de Primer Año; hoy trataremos de mostrar nuestro modo de iniciar el estudio de algunos conceptos del psicoanálisis freudiano porque al abordar la psicología como disciplina, no se puede desconocer la influencia que, en todas sus ramas, ha tenido la formulación del Inconciente (Icc) como sistema determinante de todo el campo de la conducta y de la mente humanas, tal como lo propuso Sigmund Freud (Freiberg, 1856 / Londres, 1939). Hoy daremos una idea general, inevitablemente esquemática, de nuestro programa de trabajo e investigación cuyo eje es instalar la noción de que la subjetividad no es un escenario interior de un individuo, sino, al contrario, es una red tejida en la dimensión de la alteridad (la relación con el otro) en la que el sujeto se constituye escindido; es decir, dividido entre lo que se representa de sí mismo en el sistema de la conciencia (Cc) y lo que de lo más profundo de su ser – parafraseamos a Freud - pertenece a otra escena, a la del sistema inconciente (Icc). Dicho de otro modo, atrapados en los juegos de nuestra conciencia nos desconocemos, no sabemos casi nada de nosotros mismos. Esta división, este corrimiento del centro de nuestra conciencia es resultado de nuestra relación originaria con el otro. Guiados por la lectura de textos de Sigmund

Freud, lo nuestro es invitarlos a pensar la idea de que no llegamos a este mundo siendo un ser aislado que luego, a medida que crece se “socializa”, se va acomodando a los vínculos con los otros; la verdad es exactamente lo contrario: llegamos al mundo enlazados sustancialmente con el otro primordial en quien se gestó nuestra vida, la madre, y dependemos absolutamente de los otros, madre, padre, o quienes cumplan con la función de asistencia necesaria durante los primeros cinco años para ir transformándonos en seres humanos; es decir en seres que hablan insertos en las normas de la cultura y la sociedad. Entonces, la subjetividad, lo que nos cualifica como sujetos, no es innata; es una trama que se va tejiendo en los lazos con los otros y que nosotros caracterizamos como la dimensión de alteridad que nos constituye como seres hablantes, en seres que, solo por eso (no por “poseer razón”), somos diferentes del resto de los seres vivos.

Pensamos que psicoanálisis y psicología son dos universos discursivos diferentes que promueven teorías y prácticas en el campo de la subjetividad, tienen numerosas divisiones, escuelas y tendencias, no son discursos unitarios y entre ellos hay zonas que se intersectan y otras que se excluyen. Muchos psicólogos no quieren saber nada con el psicoanálisis, así como muchos psicoanalistas reniegan de la psicología; lo cierto, como ustedes ven, acá en Rosario, como en casi todas las universidades del país, la teoría del psicoanálisis se enseña en las facultades de psicología que nos titularán como “psicólogo/a”. Esto lo dejamos así señalado pero es un tema que merece mucha atención, que ustedes irán pensando a lo largo de la carrera, y que, por ahora, necesitamos ir poniendo, digamos, las primeras letras en este asunto.

to. Nosotros estudiaremos algunos conceptos en varios textos de Sigmund Freud, el creador del psicoanálisis; dado que el campo del psicoanálisis está fragmentado, al igual que la psicología, es saludable tomar una posición para no confundirnos en la diversidad de sus escuelas y corrientes.

Avancemos con una definición de Psicología. Se trata de aquella que difunde la *American Psychological Association* (APA):

Psicología es el estudio de la mente y de la conducta humana, en su dimensión individual y social y en todas las etapas de su evolución, con el objetivo final de propender al bienestar de la persona humana.

Aparentemente es una definición general, bastante clara, cuyo significado no debería ofrecer mayores dificultades. En esta teórica interrogaremos, con recursos freudianos, algunos de los términos o conceptos que la componen; para esto, necesitamos definir “psicoanálisis”. Comparen las definiciones y verán cómo, desde el vamos, se patentizan las diferencias entre ellas.

DEFINICIÓN Y VIGENCIA DEL PSICOANÁLISIS

La definición de psicoanálisis, siguiendo a su creador, Sigmund Freud, tiene tres niveles: es un procedimiento terapéutico, un método de investigación y un cuerpo teórico, cuyo objeto de estudio es el Inconciente (Icc) a partir de sus formaciones, tanto normales: sueños, equivocaciones, desmemoria, chistes, etc., como patológicas: síntomas, inhibiciones, delirios, etc. En estos términos, desde siempre, digamos 1900, Sigmund Freud, caracterizó al Psicoanálisis.

Con Soledad Cottone y Cecilia Greca escribimos un trabajo en el que damos

nuestra opinión sobre las razones por las que el psicoanálisis sigue vigente, superando críticas y proscripción a lo largo del siglo XX, y por qué es importante compartir con ustedes algunos de sus conceptos fundamentales y avanzar en hacer esta relación y diferencia con la psicología. En ese escrito decimos que hay tres órdenes de razones por las cuales el Psicoanálisis continúa vigente, esas razones están conectadas con la definición que recién les propuse (Cottone, S., Greca, C. y Gentile, A., 2017).

Decimos que el psicoanálisis sigue vigente por tres cuestiones. La primera, por ser un recurso poderoso en la elaboración de pensamiento crítico y libre. Un instrumento, un modo de pensar que resiste a que permanezcamos confortablemente capturados en los ideales normalizadores y concentracionistas (en el sentido preciso de un ideal que sostiene un tipo de lazo social en el que el sujeto queda reducido a ser un objeto) que se ofrecen en el actual estado de la cultura.

La segunda razón importante por la cual el psicoanálisis tiene vigencia es porque desde su fundación, por Sigmund Freud en 1900, continúa siendo la teoría más completa acerca del funcionamiento del psiquismo humano tanto en lo normal como en lo patológico.

Necesitamos hacer una aclaración importante porque acabamos de introducir un término que ya marca una diferencia con lo definido en la psicología: el término “psiquismo”. En la primera hipótesis sobre la estructura y funcionamiento de lo anímico, S. Freud no usa –ni lo hará casi nunca– la palabra “mente”. En vez de aparato mental, expresión utilizada en su época, Freud habla de “aparato psíquico” (Freud, S., 1993 a, p. 530 y ss.). Lo

psíquico como un ensamble disruptivo de tres sistemas diferentes: inconciente (Icc), el primordial y más importante, el sistema preconciente (Prcc) y el conciente (Cc). Por otra parte, “mente” connota el conjunto de complejas funciones dependientes del cerebro, tanto a nivel cortical como subcortical. En cambio, el “aparato psíquico” postulado por Freud no tiene localización anatómica, su motor es el deseo inconciente, e incluye en su organización a las pulsiones del yo, las sexuales, la pulsión de Vida, la de Muerte, el principio del placer, el principio de realidad, el funcionamiento permanente y conflictivo de los procesos primario y secundario. Nada de todo esto se atisba en el reduccionista concepto “mente”. En el psicoanálisis se trata de inconciente (Icc) y pulsiones como objetos privilegiados para la investigación; en la psicología se trata de otra cosa: mente y conducta. Entonces, nosotros adherimos a quienes piensan que la red teórica que Freud elaboró, entre 1900 y 1939, tratando siempre de dar cuenta de los problemas que encontraba en su práctica clínica, terapéutica y teórica, es hasta la actualidad la teoría más completa acerca de la estructura y el funcionamiento del psiquismo, digámoslo de un modo muy freudiano, “del alma humana”. Alma o psiquis formada en sistemas diferentes (Icc, Prcc y Cc), cuyo funcionamiento se asienta en las disrupciones entre ellos. El psicoanálisis se nutre del deseo, del conflicto, de la vida del ser humano atravesado por el lenguaje, la sexualidad, la historia y la cultura y es por esto, yo creo, que a ustedes les gustará mucho comenzar a estudiarlo.

La tesis que el psiquismo, o el alma, está conformada por tres instancias o sistemas diferentes cuyo empalme es conflictivo, es una tesis inasimilable por la psicología. El

psiquismo no es la mente ni es equivalente a la conciencia, aquí tienen ustedes una diferencia conceptual profunda a nivel del modo de formular el objeto de estudio del psicoanálisis y el de la psicología. El inconciente (Icc) referido por Freud como el objeto de sus investigaciones, es lo reprimido, es el sistema más importante y no está disponible para la conciencia (que se formará mucho después). El sistema Icc es el registro de las huellas de memoria de todas las impresiones y vivencias de los cinco primeros años de vida, imposibles de recordar o de recuperar por la conciencia pero que se expresan, con las formaciones que ya les mencioné, en el presente de nuestra vida cotidiana. En síntesis: con la división al nivel del psiquismo – Icc, Prcc, Cc – Sigmund Freud nos dice que somos impotentes de recordar los años formadores de nuestra condición humana. Hasta acá nos trajo señalar la importante diferencia entre psiquismo y mente.

Es necesario que me permitan dos consideraciones importantes, la primera es sobre la perspectiva de lectura que adoptamos y la segunda es sobre lo que Freud pensaba de la relación entre psicoanálisis y psicología. Vamos con la primera; ya dijimos que dentro del psicoanálisis, al igual que en la psicología y al igual que en todas las ciencias sociales, hay numerosas corrientes y escuelas, numerosas perspectivas, pero nosotros nos vamos a mantener dentro de las letras de Sigmund Freud. Lo cual no quiere decir que proponemos leer a Freud como si estuviéramos en 1930, nuestra lectura está marcada e incluso, sesgada, por otros autores y otro espíritu de época. Un autor que influye nuestro modo de acercarnos a la letra de Freud y que forma nuestro entendimiento del psicoanálisis, es la enseñanza de Jacques

Lacan (París, 1901- París, 1981) maestro de la escuela francesa, quien “retornando a Freud” modificó mucho de los conceptos del psicoanálisis, revitalizándolos. Jacques Lacan, entonces, es uno de los autores que nos organiza la lectura de Freud, es imposible decir que hacemos una lectura pura de Freud. En cuanto a la segunda consideración, es importante aclarar que Sigmund Freud decía que el psicoanálisis no es “toda” la psicología, ni tampoco que fuese una “parte”; sino que la perfecciona y puede contribuir a perfeccionar sus fundamentos y su enseñanza teórica o “dogmática”. Si bien cuando Freud se refería a la psicología lo hacía en consonancia con lo que significaba la ciencia en su época, fines del siglo XIX y principios del XX, esto nos viene bien para dejar en claro nuestra postura en el sentido que no impugnamos los conceptos de la psicología que hacen a su definición, sino que ensayamos un contrapunto crítico con los conceptos freudianos en tanto creemos ético dejar indicadas contradicciones que a veces son insalvables y que hacen imposible una conjunción. Nosotros decimos que tanto en la obra de Freud, como en la de Lacan, hay mucha psicología; pero también decimos enfáticamente que no abonamos el camino de una psicología-psicoanalítica. Es en el plano de la práctica donde se decide la imposibilidad de conjunción entre el psicoanálisis freudiano y la psicología; algo de esto diremos ahora retomando lo que decíamos con nuestras colegas en el escrito que les mencioné.

La tercera razón que hace a la vigencia del psicoanálisis es que, desde sus inicios, es, como repetía Freud, una práctica, un método especializado para la terapéutica del malestar, del dolor psíquico, basado en la palabra, en el poder sanador de la

palabra, del diálogo en transferencia (concepto esencial de la práctica analítica que ustedes estudiarán más adelante) con otro (el analista) cuya función es sostener la escucha, es decir, la escucha es la invitación a tomar la palabra y dejarse llevar por su fluir. Reconocer que el otro (paciente / analizante) es quien tiene la palabra acerca de sí mismo, de su lugar en el mundo, de su deseo, de su padecimiento, etc., fue una verdadera revolución; el saber está en el enfermo, no en el médico o terapeuta, y en la medida en que se puede escuchar y reescribir la propia historia, el “enfermo” comienza a transformarse, comienza a sanar. Aplicar el psicoanálisis como método terapéutico y de investigación significó darle la razón a aquello que se consideraba simulacro sin razón, conceder razón a los indicios de la propia verdad en el decir de la histérica o prestar oídos, por el mismo valor de verdad, al delirio del paranoico. Para hacer posible la escucha en transferencia, es condición ética que el analista ponga en silencio sus opiniones, ideales, prejuicios, creencia en su saber y, podríamos decir, que ponga en silencio todo lo que “espera” del analizante. Es conmovedor admitir que, para Sigmund Freud, el modelo inspirador fue poner la ciencia a trabajar en la interpretación del sin sentido de los sueños.

Cerrando esta parte, digamos que desde su invención, en 1900, como método de investigación y terapia, como teoría general del psiquismo humano y como pensamiento crítico, el psicoanálisis nos ha transformado en nuestra autopercepción y en la relación con el mundo. Todo esto hace a la potencia de su vigencia y justifica nuestra propuesta académica.

Repasemos lo que ya caminamos juntos: definimos psicología, definimos psi-

coanálisis, consideramos la diferencia de objetos de estudio, dimos tres razones que hacen a la vigencia del psicoanálisis y manifestamos nuestra adhesión a la idea freudiana de que el modo de pensar característico de la indagación psicoanalítica podría aportar a los fundamentos de la psicología; les diría, hacer que la psicología pueda estar más rigurosamente fundada. Veamos esto interrogando, o analizando críticamente, algo muy importante porque se lo postula como el objetivo final de la psicología: "...propender al bienestar...".

UNA PREGUNTA ÉTICA:

¿QUÉ SIGNIFICA BIENESTAR?

Es necesario que reflexionemos sobre el significado de "bienestar" porque es hacia donde apunta la psicología. Hay otra razón importante que nos compromete en el ejercicio de la profesión; desde hace un tiempo el título de psicólogo/a, junto con otros, integra la categoría de importancia estratégica, o título "de interés público", para el estado, por lo cual la formación académica está especialmente controlada por el ministerio (A.A, 2009). Esta importancia deriva de la presunción del daño que puede ocasionar el mal desempeño profesional. Digamos que trabajamos en y con el malestar y debemos propender al bienestar de las personas. ¿Qué les parece?

Reflexionar sobre el sentido de "bienestar" está en el fundamento de la pregunta por la ética que, en tanto sujetos involucrados en una práctica de la subjetividad, debemos mantener siempre abierta.

¿Qué sentido le damos a "bienestar"? ¿Qué significa? Desde el vamos sospechamos del significado natural o evidente en el cual estamos, supongo, todos de acuerdo: bienestar es el estado subjetivo que

resulta de la atención y satisfacción de las necesidades básicas de salud, educación, trabajo, alimentación, vivienda, es decir, de todos los derechos esenciales para hacer la vida digna para todos y cada uno. Además, existe otro plano tan concreto como los que nombré, el plano ético: la perspectiva del bienestar como estado de placer, no solo como ausencia del dolor, sino el bienestar como estado subjetivo en el que están ausentes el dolor moral, la tristeza, la indignidad. Pensar el bienestar nos lleva a pensar la felicidad, cuestión mayor en el pensamiento de los padres de la filosofía occidental. Antes de continuar, tengan en cuenta la siguiente distinción entre "ética" y "moral", son dos términos que pertenecen al mismo campo semántico, en el decir corriente los usamos como sinónimos, pero no lo son. Ética es la reflexión sobre la acción humana, sobre su esencia y finalidad, sobre el sentido trascendente de nuestra acción, una ética puede o no prescribir modos de conducta que lleven al bien; en cambio, la moral se sostiene en uno o más mandamientos que tienen fuerza imperativa y a los que, se supone, no podemos dejar de observar; uno que todos conocemos nos dice: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo", éste, precisamente, condensa siglos de reflexión ética cristiana y es también una guía moral de la conducta humana.

Volvamos a lo que nos dice Aristóteles sobre la felicidad. Tengan muy en cuenta este libro: "Moral, a Nicómaco". Aquí nos dice que la felicidad es "el mayor de los bienes, el bien supremo": "...la felicidad es ciertamente una cosa definitiva, perfecta, y que se basta a sí misma, puesto que es el fin de todos los actos posibles del hombre" (Aristóteles, 1984, p. 69).

Para Aristóteles, el concepto central es

el de “*areté*”, virtud, la felicidad es imposible sin la virtud que es un ejercicio racional, más una práctica de templanza del cuerpo y del carácter que moldean un modo de vivir en la “polis”, la ciudad. Esto lo indicamos simplemente porque ustedes lo estudiarán más profundamente, como se merece, en otra materia. Bien, según Aristóteles, la felicidad es lo que buscamos todos los seres humanos, es el bien supremo; pero no se engañaba y decía que otros bienes, no solo la virtud, también hacían la felicidad. Y esos otros bienes eran la amistad, la posesión de riquezas y algo muy interesante en lo que insiste mucho: disponer del poder político, en el sentido de ser reconocido en la vida pública, en la vida de la “polis”.

Llevar una vida virtuosa, tener amigos, poseer riquezas y disponer de poder, esas son las condiciones para ser feliz, esos son los bienes, supremo y menores, que hacen a la felicidad. Aristóteles, como Platón, Freud, Descartes, San Pablo, Shakespeare y otros, formaron nuestro modo de pensarnos, construyeron tan fuertemente nuestra subjetividad, que, hoy, dos mil trescientos años más tarde, si nos pidieran una definición de la felicidad, ¿daríamos la de Aristóteles!, o alguna otra muy parecida.

Me interesa que nos detengamos en algo que ya no resulta tan sencillo pensar, se trata de la marcación de un límite, profundo, estructural. Leamos cómo lo escribe Aristóteles:

“...llamaremos dichosos entre los vivos a los que poseen o puedan poseer todos los bienes que acabamos de indicar. Téngase entendido, por otra parte, que cuando digo dichosos quiero decir hasta donde los hombres pueden serlo” (p. 79).

“... hasta donde los hombres pueden serlo”... podemos ser felices hasta cierto punto, algo, un límite infranqueable nos impide ser totalmente dichosos, felices. En nuestro ser, no solamente en el mundo o la sociedad, se fragmenta la ilusión de la dicha, la felicidad o el bienestar como bienes que pueden poseerse y gozarse ilimitadamente.

Entonces, con Aristóteles podríamos decirle a la psicología: el fin de la conducta orientada por el funcionamiento de la mente, es conseguir la felicidad. Esto es también un ideal, religioso, político; construyamos la felicidad del pueblo y la grandeza de la nación decía alguien por ahí para que el pueblo lo eligiese. El político ofrece la felicidad y nosotros, aunque sabemos que es un imposible, creemos y lo votamos; es inevitable. Lo hacemos porque necesitamos un chivo expiatorio al que hacerle pagar nuestra profunda limitación, no podemos vivir felices porque el político, o la política, son corruptos y fraudulentos. De ese modo mantenemos en perpetuo girar a la rueda de la felicidad como realización posible en vez de asumirla como ideal de goce transitorio, efímero. Deseamos la felicidad, aunque sea una ilusión con la cual nos conformamos transitoriamente, luchamos por ser felices, por acumular riquezas, poder, pero podemos serlo hasta cierto punto.

Dos mil trescientos años más tarde, Sigmund Freud, entre 1929 y 1930, escribió un texto maravilloso que, entre otras cosas, es una lección de ética contemporánea: “El malestar en la cultura”.

En el texto encontramos ecos de la formulación aristotélica porque en un momento Freud se pregunta: cómo podemos tomar la felicidad de un modo en el cual la mayoría estemos de acuerdo. Su respuesta

es definiéndola como la consecución del placer, la apropiación y retención del placer y la evitación del dolor y el displacer, porque, según Freud, es el “principio de placer” (uno de los principios primarios de nuestro sistema psíquico) el que fija el programa de toda la vida humana. Podemos encontrar un parecido a lo dicho por Aristóteles, el fin de la conducta humana es obtener placer y evitar el dolor. Pero resulta, seguimos con Freud, que este programa está contrariado porque:

...entra en querella con el mundo entero, con el macrocosmos tanto como con el microcosmos. Es absolutamente irrealizable, las disposiciones del Todo –sin excepción– lo contrarían; se diría que el propósito que el hombre sea “dichoso” no está contemplado en el plan de la “Creación” (Freud, S., 1986, p. 76).

Nada en el mundo nos asegura la felicidad o el goce del placer y la dicha de existir; para comprobar esta verdad, pensemos un instante en lo que nos está pasando, a la humanidad entera, desde hace dos años, pensemos en lo que nos toca vivir.

Freud toma lo que Aristóteles señaló y da un paso más adelante: ¿qué es lo propio del ser humano, ya no en el mundo exterior, que pone un límite, un punto, a la posibilidad de ser dichoso? En el “Malestar en la cultura”, Freud dice que algo en la estructura misma del sujeto no le permite conseguir la felicidad sino de un modo trabajoso, efímero y eso que es estructural, lo convierte en un factor enormemente peligroso para la comunidad y la cultura, se trata de una afirmación fuerte: está en el ser humano la agresión, tanto dirigida hacia el otro como hacia sí mismo. Estamos aludiendo a la compulsión agresiva como parte de la naturaleza humana y como ex-

presión de lo que Freud ya en esa época denominaba pulsión de muerte.

A esta altura debemos decir algunas palabras sobre el concepto de pulsión porque es una premisa fundante del pensamiento de Freud, la teoría de la dualidad pulsional está presente en toda su obra. Les aviso que en la biblioteca virtual de la cátedra van a encontrar una ficha de estudio sobre este punto, “El concepto de pulsión”, preparada por los profesores Sergio García de la Cruz y Marcelo Frazzetto; les resultará de mucha utilidad, léanla.

LAS DOS CLASES DE PULSIONES

Pulsión (empuje permanente, tendencia apremiante) es un concepto complejo; hoy podríamos aproximarnos describiéndolo como la exigencia de trabajo permanente a la que debe responder el psiquismo, su fuente es somática, especialmente, el interior del organismo, y constante. Este empuje apremiante, que en realidad nos llega desde todas partes, en lo psíquico solo se inscribe como representación (representante, en el sentido de pensamiento o idea, y afecto). Lo pulsional se impone al sujeto y lo conmueve en un circuito permanente, de recorrido perentorio e inconciente. A mero título informativo les digo que la idea de dos fuerzas o potencias originarias, pulsiones, entramadas en la posibilidad de la existencia humana, está presente en el pensamiento freudiano desde el comienzo y recorre toda su obra. La doctrina de las pulsiones es dualista, Freud la inicia en los términos de oposición de pulsiones sexuales y pulsiones de auto-conservación o yoi-cas (digamos, hacia 1895/1900); en 1914, en su estudio sobre el Narcisismo, postula que el Yo es también objeto de la energía sexual (libido) y distingue libido de objeto

de libido del Yo, finalmente, a comienzos de la década del veinte, formula la dualidad pulsión de vida, pulsión de muerte.

Es un tema difícil al que ustedes volverán muchas veces durante la carrera, pero que hoy no podemos dejar de mencionar (asumiendo el forzamiento pedagógico que implica) si es que estamos tratando un asunto tan importante como es el bienestar, la felicidad, la ética.

En 1932, Albert Einstein (Ulm, 1879 / Nueva Jersey, 1955), le envía una carta a Freud, en la que le pregunta: “¿Es posible controlar la evolución mental del hombre como para ponerlo a salvo de la psicosis del odio y la destructividad?” (en Freud, S., 1983, p. 185).

Esa psicosis de odio y destructividad, Einstein no la encontraba tan solo en las guerras internacionales: “...sé muy bien que la pulsión agresiva opera bajo otras formas y en otras circunstancias. (Pienso en las guerras civiles... en la persecución de las minorías raciales.) (p. 186)

Poco tiempo después, Freud le responde que coincide con el accionar de la pulsión agresiva y le dice que, someramente, le comentará lo que ha podido elaborar sobre las pulsiones. Vamos a tomar esa carta como referencia:

Suponemos que las pulsiones del ser humano son sólo de dos clases: aquellas que quieren conservar y reunir –las llamamos eróticas, exactamente en el sentido de Eros en *El banquete* de Platón, o sexuales, con una conciente ampliación del concepto popular de sexualidad–, y otras que quieren destruir y matar; a estas últimas las reunimos bajo el título de pulsión de agresión o de destrucción (Freud, S., 1983, p. 192/3).

Inmediatamente, Freud se cuida de identificar a unas con el bien y a otras con

el mal, no es una doctrina maniquea; escribe: “Cada una de estas pulsiones es tan indispensable como la otra; de las acciones conjugadas y contrarias de ambas surgen los fenómenos de la vida” (ibídem).

Un poco antes, Freud lo escribió casi con las mismas palabras:

Partiendo de especulaciones acerca de la vida (...) extraje la conclusión de que además de la pulsión a conservar la sustancia viva y reunirla en unidades cada vez mayores, debía de haber otra pulsión, opuesta a ella, que pugnara por disolver esas unidades y reconducirlas al estado inorgánico inicial. Vale decir: junto al Eros, una pulsión de muerte; y la acción eficaz conjugada y contrapuesta de ambas permitía explicar los fenómenos de la vida (Freud, S., 1986, pp. 114/5).

Freud le responde a Einstein diciéndole que es pesimista sobre la posibilidad de erradicar el odio y la tendencia a la agresión y autodestrucción del ser humano, porque junto con Eros, la tendencia del amor, forman las condiciones de la existencia y la vida humanas. Pero, tiene esperanza en que todo lo que promueva y desarrolle cultura pueda ir en contra de la guerra y la destrucción.

Entonces, el ser humano está limitado en su capacidad de dicha, a pesar que su tendencia primaria sea perseguir el placer, porque en su estructura sustancial hay un límite infranqueable impuesto por la pulsión de vida y la pulsión de muerte, pulsiones que constituyen el campo de lo humano y que actúan conjugadamente en cada uno de nosotros con prescindencia de nuestra conciencia y voluntad.

Una expresión de la pulsión de vida es el amor, es la sexualidad puesta al servicio del amor. El amor es base de la amistad, la

base de la relación amorosa, el amor es la base de la unión, de lo que junta dos seres diferentes, aunque puedan tener el mismo sexo, eso es Eros: al unir lo diferente, hace unión en común, hace comunidad, sociedad, cultura y es por esto una de las caras de la pulsión de vida. Todas las otras caras: la alegría, el entusiasmo, pulsión de vida pensada como deseo que lleva adelante los ideales, todo esto es pulsión de vida y anida en el corazón y en la esencia de cada uno de nosotros.

Pero también y al mismo tiempo, desde el momento que llegamos a la existencia, conjugada con la fuerza de la vida, nos conforma el accionar de la pulsión de muerte. Pulsión de muerte no solo porque cuando comenzamos la vida iniciamos el tránsito hacia la muerte, como pudo haber dicho algún poeta; sino porque la pulsión de muerte se caracteriza por el carácter repetitivo, compulsión a la repetición, lo llamó Freud, compulsión es un impulso que el sujeto no puede inhibir y que lo sobrepasa, la compulsión repetitiva se expresa en algunas experiencias (piensen en la violencia dirigida a otro o a sí mismo, piensen en las adicciones, por ejemplo: tabaco, alcohol, juego, drogas, etc) en las que el sujeto queda como anulado en su voluntad y compelido a repetir. La compulsión a la repetición tiende al goce de repetir. Repite, repite y no busca otra cosa que la repetición en sí misma más allá de todo placer; por esto el repetir sistemático o pulsional se desconecta de todo sentido o significado e inevitablemente nutre la autodestrucción y la agresión como metas de la conducta. No hay sentido que se pueda construir, no hay significado que se pueda construir si hay algo que repite sistemáticamente lo mismo. Algo de este orden está en la base de lo que Freud llamó la pulsión

de muerte, a la que pensaba como tendencia a retornar al estado primitivo y a tal fin contribuyen la agresión, la destrucción, la autodestrucción. Esto también hace a nuestra esencia, es parte de nuestro ser y de los límites que necesariamente aparecen para la construcción de algo más o menos permanente y estable en la dimensión de la comunidad de lo diferente y de la cultura.

Entonces ¿qué hacer si el mundo no está planificado para ser felices y en nuestro ser ancla la potencia destructiva? Nosotros creemos que el mensaje freudiano nos llama a poner el cuerpo y trabajar incansablemente para contribuir a una ética basada en la verdad de reconocer que en nosotros mismos están las tendencias a destruir y autodestruirnos y no pensar que eso es una cuestión que depende exclusivamente de poderes externos, sean estos de naturaleza social, política, económica o religiosa. En la medida en que podamos pensar nuestra realidad tal como es, sin vendernos espejitos de colores, quizás podamos encontrar normas que nos lleven a un mejor vivir en la cultura, y nos alejen del bienestar ilusorio que nos presupone buenos por esencia y capaces de amarnos los unos a los otros.

Es necesario como trabajadores de la subjetividad, poner el cuerpo para construir un mundo donde aquello de la felicidad, así fuese efímera, sea verdadera y no una permanente oferta de ilusiones que nos capturan y nos entristecen. El mundo no está preparado para que nosotros seamos felices; no vamos a hablar de guerras e injusticias, nos basta pensar en lo que nos está pasando en esta pandemia. Algo de lo real apareció, un virus, algo infra-vida, no registrado en las posibilidades del saber y de nuestra ciencia omnipotente, apareció de la noche a la mañana y nos

cubrió de encierro, de dolor, de muerte, de pérdida, de tristeza, de quietud forzosa y desconfiada.

Entonces, si la felicidad es efímera, si el bienestar para ser conquistado necesita de un trabajo enorme porque hay tendencias opuestas que tienen que ver con la destrucción y el malestar; si el mayor mandamiento cultural, “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”, se hace imposible de cumplir, porque quizás el prójimo no quiere ser amado por nosotros y cuando nos acercamos nos abre la puerta para encaminarnos hacia el goce perverso de transformarnos en objeto de su agresión y crueldad. Freud es categórico: ese imperativo tan exigente, que sin embargo construye cultura, es no realizable por el imperio del “principio del placer” y por la naturaleza agresiva y destructiva del ser humano. Si esto que estamos diciendo es así, entonces se nos impone, como trabajadores en la subjetividad, meditar qué se nos pide cuando se nos define como propósito de la psicología y como obligación derivada de nuestro título universitario, la consecución del “bienestar”. Le asigno mucha importancia a este asunto que hace a nuestra ética y es por eso que decidí comenzar por aquí, no podemos dejar de interrogarnos sobre el sentido, los límites y las posibilidades de lo que se nos pide con “... propender al bienestar...”.

Desde nuestra perspectiva “estar bien” es estar bien con uno mismo, trabajar en uno mismo para conocernos un poco, porque, en verdad, somos íntimos desconocidos. Nos aseguramos en la claridad de nuestra conciencia, cuando, en verdad, su función es ocultar y creemos en la coherencia de nuestro Yo, cuando, en verdad, es la fuente de nuestro desconocimiento. Trabajar en nosotros para “gambetear”

las trampas que nos tiende la conciencia y el Yo, para, luego, en consecuencia, seguir trabajando mucho para “estar bien” con el otro. Es en este sentido que creemos que el verdadero cambio es el que debemos hacer en nosotros mismos; no es el único, por supuesto, pero es el inicial; ese cambio consiste en liberarnos de los ideales –lo que nos auto-exigimos cumplir para que nos amen– que nos llevan a ser objeto para el otro; ese cambio también nos pide que nos liberemos del goce violento de dominar al otro, es decir, en este caso, de convertir o considerar al otro como un objeto, desconociendo que el otro es un sujeto cuya dignidad se concreta en libertad de ser, de hacer, de elegir, de desear, pensar, etc. independientemente de mi conveniencia. Esto vale para uno mismo, para el lazo con los otros, sean los hijos, la pareja, los amigos, los pacientes, los alumnos... Me parece que debemos construir lazos liberadores a partir de aceptar lo diferente –¿suena lindo, no?, todos de acuerdo ¿sí? bueno, inténtenlo y después me cuentan cómo les fue– suenan bien estas lindas palabras porque en ellas destella algo de la verdad, pero es muy difícil concretarlo. Afortunadamente tenemos una brújula, un indicador que nos orienta en todo esto: construimos bienestar cuando nos rebelamos a ser objeto para el otro y cuando renunciamos a convertir al otro en objeto de nuestro goce.

La subjetividad, de la que nosotros hablamos, no es un estado “interior” permanente, es una construcción siempre en proceso, en relación con el otro, de aceptación y respeto a la dignidad de sujeto, y sujeto es todo lo que se opone a quedar reducido a la condición de objeto (objeto sexual, objeto de consumo, objeto de la política, objeto de los medios de información y

propaganda, etc., en definitiva, objeto de cualquier tipo de manipulación, o goce, del otro y/o de nuestra parte).

Bien, hasta aquí llegamos con las consideraciones sobre “el bienestar” que se espera que procuremos como profesionales y que cada uno de nosotros reconoce en su corazoncito como vocación para iniciar la carrera de Psicología: “para ayudarme y ayudar a los demás a no sufrir”.

Ahora vamos a pensar juntos estos componentes de la definición, que dimos al principio, de la psicología: “etapas de la evolución” y “persona”.

Creo que todos tenemos una idea de lo que significan expresiones como “etapas de la evolución”, “desarrollo de la persona”, etc. Digamos que a partir del nacimiento, el organismo va transformándose siguiendo parámetros de desarrollo similares y estables para nuestra especie y la familia de los humanos. Esas transformaciones alcanzan estabilidad o madurez con uniformidad en diferentes momentos, son las diversas etapas: nacimiento, infancia, adolescencia, adultez, vejez, declinación y muerte, cada una con límites temporales y con características diferenciadas. Suele decirse que este desarrollo es biológico u orgánico y psicológico en tanto se conjuga el crecimiento del cuerpo con el de la “persona”. Bien, desde el sentido común pensamos esto. Y la psicología como ciencia también lo piensa, aproximadamente, así.

En la psicología son numerosas las escuelas de investigación que estudian el desarrollo, y conforman lo que se llama generalmente “psicología evolutiva”, o “psicologías del desarrollo”, o “psicología genética” como la que postulaba Jean Piaget (Neuchatel, 1896; Ginebra, 1980) y que muchos de ustedes habrán estudiado en el secundario. También son nume-

rosas las teorías sobre la “personalidad”. Todo esto es importante y es innegable el valor del conocimiento que producen algunas de estas corrientes o escuelas de la psicología. Pero, en estos temas, hay dos tesis freudianas que se contraponen con el saber psicológico. Dos tesis que voy a exponer en términos generales porque lo estudiarán detenidamente durante el año y para ir cerrando esta clase.

Las dos tesis promovidas por las investigaciones de Sigmund Freud son escandalosas, inquietantes y a pesar de que tienen más de un siglo de vigencia, siguen generando resistencias para ser admitidas. La primera de esas tesis es la ampliación del concepto de la sexualidad humana y dice que la pulsión sexual comienza con la vida y se manifiesta durante los cinco, seis, primeros años: la sexualidad infantil. Dicho de otro modo, la sexualidad no se inicia como función durante la adolescencia (complejidad hormonal, productos genésicos, desarrollo genital y de los caracteres sexuales secundarios, etc.), a partir de los 13 o 14 años, digamos, y su objetivo no es solamente la reproducción de la especie. Freud destaca que la sexualidad humana se despliega en dos tiempos, en la infancia y a partir de la pubertad, llamando al intervalo “período de latencia” de la sexualidad, tengan en cuenta que “latencia” significa no manifestación, no significa ausencia; ya haremos otra consideración sobre esto. La segunda tesis que hoy me importa destacar postula que el Yo se desconoce a “sí mismo” porque su base es inconciente y es sólo una parte de la personalidad, la que se escinde o divide en otras dos instancias: el Ello (impersonal e inconciente) y el Super-Yo, cuyo origen también conecta con lo reprimido o inconciente. La definición freudiana de Yo, como un indicador de

la persona, des-construye todo lo que en la psicología se postula con la noción de personalidad.

Detengámonos un poco con la palabra “persona”. En ella confluyen dos sentidos, el jurídico y el lingüístico. En el sentido jurídico, se emplea persona para referir a una entidad que-es-lo- que-es, una unidad diferente de la otra, sujeta a derechos y obligaciones. En el sentido lingüístico, Yo es la posición del sujeto que emite el discurso, el que recibe el mensaje es el Tú y de quién se habla es Él; ¿se acuerdan cuando estudiaron en el secundario los pronombres personales? La coincidencia entre la concepción jurídica y la lingüística, que la psicología general reproduce, es que en ambas se trata de una entidad bien individualizada, idéntica a sí misma, bien delimitada, unitaria y esencial. Para las escuelas de la psicología que enfatizan lo trascendental en la palabra persona se cuela un tercer sentido, el teológico. Así que, en la psicología, persona, como referencia al sujeto, condensa: individuo, idéntico a sí mismo y entidad trascendental; nada que aluda a la estructura escindible y heterogénea del Yo que postula y fundamenta la investigación psicoanalítica.

Volvamos al tema de la sexualidad infantil.

PASIONES SIN MEMORIA, DESARROLLO Y REPRESIÓN DE LA SEXUALIDAD INFANTIL

En 1905, Sigmund Freud publicó sus tesis sobre la sexualidad producto de su trabajo clínico, de su intento por responder a los interrogantes que surgían durante sus tratamientos de quienes padecían de histeria, fobias, obsesiones, etc. La obra se titula “Tres ensayos de teoría sexual”, los estudios refieren a “las aberraciones sexuales”,

“la sexualidad infantil” y “las metamorfosis de la pubertad” (Freud, S., 1975). Es una obra difícil de estudiar porque tiene distintas capas textuales dado que, en las sucesivas reediciones, Freud fue agregando notas, actualizando el contenido conforme avanzaban sus investigaciones; pero es un texto imprescindible porque reúne las tesis freudianas sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis.

La sexualidad infantil es pulsión de vida y se expresa desde el inicio de la existencia, su meta es la consecución del placer a partir de la estimulación de las zonas erógenas (labios, ano, genitales, toda la piel). Se apoya o apuntala en la satisfacción de las necesidades y las transforma en otra cosa, ejemplo: el reflejo de succión pasa a ser actividad de “chupeteo” y, así re-significado, permanecerá durante toda la vida; es inicialmente auto-erótica y la componen pulsiones parciales vinculadas a las zonas erógenas. Freud postula que la sexualidad no sólo es el modo de reproducción de la especie sino que es la fuente del mayor placer que podemos obtener y de las diversas formas del sufrimiento psíquico.

A nosotros nos interesa que piensen en la sexualidad infantil no solo como la que se manifiesta de múltiples formas y casi sin límites para lograr el placer; sino como un tiempo, que llega hasta los cinco o seis años, y durante el cual pasamos de ser indeterminados seres vivientes a ser sujetos marcados como humanos por el lenguaje, la sociedad y la cultura. La sexualidad infantil es el tiempo y el terreno en el que –en la relación con el otro- se nos moldea como humanos, como seres hablantes portadores, cada uno, de una historia singular y de ser capaces de aunar deseos con otros transformadores de la realidad.

A ese tiempo en el que se “nace” como sujeto y en el que culmina la sexualidad infantil, Freud lo llama “complejo de Edipo” y lo piensa contemporáneo a la fase fálica. El estado de prematuración nos pone en manos del otro primordial, la madre, y su auxilio o asistencia no es sin la presencia de otros, el padre, la familia, la comunidad, etc. “Poner en manos del otro” es equivalente, en términos freudianos, a quedar enlazados en el amor o el odio del otro. Suspendamos considerar la posibilidad del odio porque en ella no hay juego posible que nos habilite como sujetos. “Caemos en las manos del otro” es decir que caemos en los juegos de Eros, en las vicisitudes de la sexualidad en las que la relación primaria con el otro nos introduce. Creo que les puede costar admitir que la relación con mamá y papá, al cubrir las necesidades básicas de la niñez, nos incluye –sin ser conscientes de eso– en la sexualidad. Pero es así, es aceptar un dato de la observación de la realidad.

Hacia los tres o cuatro años, ya formado el Yo narcisista (sobre esto diremos algo más) y ya incluidos en el lenguaje, el nene y la nena arman y relatan historias que le van habilitando ubicar su sexo anatómico en referencia a un símbolo, es decir, les va habilitando asumir una identidad sexual. S. Freud plantea que la asunción de la identidad sexual no se determina por la diferencia anatómica sino por renunciar a la posesión o identificación con un símbolo: el falo. En esta fase, fálica, el deseo de “ser todo”, lo que excluye lógicamente al otro en disputa, “ser todo para mamá”, porque “mamá es todo”, y, desde la perspectiva de mamá la demanda que ella, en tanto madre (no mujer) “tiene todo y es todo”, domina la escena que sólo puede terminar en el saludable drama de una represión es-

pecial que Freud denomina “amenaza de castración”.

La castración sepulta al complejo de Edipo (Freud, S., 1993 c). La “amenaza de castración” es lo que pone fin al “vale todo”, amor y muerte, de la relación incestuosa. Es la prohibición absoluta, la represión profunda, del deseo orientado hacia la instancia parental. Los padres no son objeto de deseo sexual, pueden ser objeto de identificación en la medida que se interdice con ellos la satisfacción sexual. En esto consiste nuestra humanización, nuestra condición de sujetos, adquirida a los cinco o seis años; somos humanos en la medida en que aceptamos la imposición de la ley que prohíbe el incesto, ley fundadora de la cultura (Levi-Strauss, 1993).

Aceptar la renuncia que la castración implica no pasa por la conciencia ni se pondera con la razón, es una modificación del Yo infantil, que marca en el mismo proceso el final del imperio del narcisismo infantil, debida a la incorporación de la instancia parental como instancia de autoridad (no de amor), modificación del Yo que Freud llama Super-Yo, base de la conciencia moral. El cierre de la sexualidad infantil, por efecto de la amenaza de castración que sepulta el deseo incestuoso –recuerden que es un deseo de amor y muerte– tiene como consecuencias la formación del Super-Yo y la “amnesia infantil”, desconectar de la memoria, cubrir con el olvido, los años de la sexualidad infantil, como si nunca hubiesen existido. A partir de este momento se abre el tiempo de la latencia sexual hasta la pubertad. Noten ustedes que se produce un desacople o desincronización entre lo orgánico o somático, que en “silencio” continuará con su desarrollo, y lo subjetivo donde la

memoria queda trunca y se pierde para siempre la posibilidad de que el sujeto relate completa la historia de su vida.

Recordemos el modo como lo dice Freud: "...las impresiones que hemos olvidado dejaron, no obstante, las más profundas huellas en nuestra vida anímica y pasaron a ser determinantes para todo nuestro desarrollo ulterior" (Freud, S, 1987, pp.158/9). Es decir que las impresiones y experiencias de la primera infancia, en rigor no fueron olvidadas sino reprimidas por ser sexuales, quedan activas y serán determinante de todo el desarrollo del sujeto. La amnesia infantil, consecuencia de la represión/castración, recubre esos años y "convierte la infancia de cada individuo en un tiempo anterior, por así decir *prehistórico*, y le oculta los comienzos de su propia vida sexual..." (ibídem).

La amnesia infantil fracciona, corta, la memoria de nuestra vida; en toda historia de vida o autobiografía que ensayemos, estará siempre excluida de la conciencia la parte "determinante", ni más ni menos. Excluida, reducida a retazos o indicios deshilvanados como la *prehistoria* en cualquier relato histórico. A partir de esos indicios que se muestran en los sueños, y en todas las demás formaciones del inconciente, el trabajo psicoanalítico intentará reconstruir fragmentos de esa sustancial prehistoria del sujeto.

EL YO ES NUESTRA ÍNTIMA MULTITUD

Cuando, hace un momento, hablamos de la carga semántica de la noción de "persona", dijimos algo así como que la teoría freudiana sobre el Yo, des-construye todo lo referido a ella como entidad indivisa (individuo), idéntica a sí misma y trascendente, como lo elabora la "psicología

de la personalidad". Para ir cerrando este encuentro, hagamos una aproximación al aporte de S. Freud.

Así como el concepto de inconciente es correlativo al de represión, el concepto de Yo es correlativo al narcisismo. Narcisismo es tomar al Yo como objeto de amor y en esa toma pulsional el Yo se construye. Este es un primer punto importante, no nacemos con un Yo, nuestro Yo comienza a recortarse del funcionamiento auto-erótico hacia los cinco o seis meses. El narcisismo de la infancia se despliega a partir del autoerotismo, pero su condición es la formación del Yo. Recuerden que en el auto-erotismo la pulsión sexual toma las zonas erógenas de todo el cuerpo; en el narcisismo se trata del Yo, es diferente.

Lo relevante del aporte freudiano es demostrar que la formación del Yo no es un proceso inmanente al desarrollo del organismo sino que viene de "afuera", del modo de reconocimiento proveniente de los otros, especialmente de la madre. Si de la madre viene la imagen, tengan claro que imagen no remite solo a lo visual sino que incluye esto que llamamos modo de reconocimiento. Bien, si desde afuera viene el modo de reconocimiento por el lado de Eros, el, o, la bebé, serán fascinantes por estar recubiertos de todas las perfecciones; es el Yo Ideal.

El "estadio del espejo" es un acontecimiento, estudiado por la psicología del desarrollo y por la pediatría, universal y de presentación regular en la primera infancia. Se trata del juego fascinante del bebé que está empezando a moverse y juega con su imagen reflejada por un espejo, esto se da entre los seis y los dieciocho meses. Les apunto que el "espejo" permanente para todos nosotros es la mirada de los otros,

y durante la infancia, la mirada de los padres, especialmente de mamá; pero, ya tendrán oportunidad en el curso de la carrera de ir llenando de contenido muchas de las cosas que hoy decimos. Volviendo a la experiencia del espejo, digamos que S. Freud la incorporó como una pieza teórica muy importante, a propósito del estudio de la “repetición” y referida al juego de “aparecer y desaparecer” con el que se entretenía uno de sus pequeños nietos (Freud, S. 1993 b, pp. 14 y ss.).

El período que comprende desde los seis meses hasta el año y medio es de extrema importancia para el desarrollo humano. Piensen que en esos doce meses comenzamos imitando la articulación de los primeros sonidos hasta lograr una instrumentación notable del lenguaje; que el progreso en la maduración sensorio-motora nos permite ir conquistando la posición erecta y la marcha; vamos adquiriendo los primeros hábitos propios de cada familia, se diversifica y enriquece “nuestra comida y el mundo”, como dijo alguien. Esta somera puntuación nos sirve de marco para ubicar el comienzo y primer desarrollo del Yo, de la estructura psíquica que nos permitirá ubicarnos como sujetos, ese marco, subrayemos, es componente de la sexualidad y corresponde al narcisismo infantil. Narcisismo que, atemperado, formará parte del Yo durante toda la vida siendo la base del “sentimiento de sí”, de ese sentimiento de íntima identidad que nos acompaña, o, del “amor propio”, como se le dice popularmente.

En 1914, Sigmund Freud publicó “Introducción del narcisismo”, ensayo que a partir de entonces ha sido ineludible para el estudio y tratamiento de las psicosis. En él encontramos esta idea de la multiplicidad de instancias que conforman el Yo

a partir del lazo libidinal con el otro. Ya mencionamos al “Yo Ideal” como el Yo primario que recorta al autoerotismo y se forma por el modo como el otro, la madre, por caso, proyecta su imaginario de amor sobre el hijo o hija que está criando; ese imaginario de amor es del orden de “lo perfecto”, del “todo que la colma”; son las representaciones de la pulsión sexual tomando al Yo por objeto. En un movimiento temporalmente posterior, ese Yo Ideal tomará una nueva forma: la del Ideal del Yo (Freud, S, 1984, p. 91).

La diferencia entre ambos radica no solo en la distancia temporal sino en que en el Ideal del Yo se dan las marcas, significantes, para las posibilidades de identificación del sujeto con las representaciones de un otro colectivo o social con lo que hará comunidad de lazos. Ese otro social que el sujeto incorpora a su Yo como Ideal del Yo, es (son) los ideales de la familia, del linaje, de la clase social en la que le tocó nacer, del barrio, de la comunidad de trabajo, o de estudio, o deportiva, o política, o religiosa, etc., que pueden representarse en otros sujetos o en significantes que identifican: la bandera, el escudo y los colores del club que apasiona, los símbolos de la religión que profesa, etc. En definitiva el Ideal del Yo es esa parte del Yo que refleja todo lo que “se espera” de él. Eso que “se espera” puede ser muy limitante para el sujeto, porque es una de las fuentes de la represión, pero, al mismo tiempo habilita y orienta el deseo porque las identificaciones que el Ideal del Yo ofrece, movilizan a la acción del sujeto, sacan al sujeto del ilusorio confort narcisista y lo impele a trabajar para realizar su deseo o su causa.

El Ideal del Yo tiene afinidades, también diferencias, con otra instancia del Yo a la que nos hemos referido: el Super-Yo. Am-

bos se forjan durante la fase fálica, la plena vivencia de las pasiones edípicas, y se sostienen en las identificaciones parentales; por la represión/castración serán parte inconciente del Yo. Pero lo particular del Super-Yo es ser el heredero, precisamente, de esas pasiones y de su sepultamiento, las dos cosas: el goce y su represión profunda (Freud, S, 1993 c). El Super-Yo, queda como una modificación permanente del Yo, es la internalización de las interdicciones parentales y el fundamento de los mandatos morales. ¿No les resulta escandaloso decir que la moral tiene esa base?

Consideremos que tenemos por ilustrada la afirmación que hicimos hace un momento, el Yo, nuestro Yo, el de cada uno de nosotros, es en verdad la síntesis forzada de varias instancias: Yo Ideal, Ideal del Yo y Super-Yo y por esto no es un individuo, es, como dijimos, una multitud en nuestra intimidad; tampoco es una unidad porque su estructura es la diversidad, la “escisión” (Freud, S, 1993 d). El Yo, la persona para la psicología, desconoce todo esto, no puede conocerlo porque esta escisión es su estructura inconciente (Icc).

Nos falta, solo mencionaremos, otra instancia que reafirma la idea de la escisión estructural del sujeto, es el Ello, el impersonal originario, total y absolutamente inconciente (Icc), lugar en/al que el Yo, en tanto sujeto, tiene que llegar a ser. “Donde Ello era, Yo debo devenir” (Freud, S, 1993 d, p.74).

Hacemos una correspondencia entre las dos tesis freudianas sobre la estructura de la psiquis o alma humana, un gráfico para recordar su complejidad y todo lo que, en consecuencia, está ausente de la “mente” que postula la psicología. Veamos: Ello e Inconciente se corresponden absolutamente: el Ello es Inconciente (Icc).

El Yo llega a ser en el Ello, es Inconciente (Icc) y también es Pre-Conciente (Prcc) y Conciente (Cc). El Super-Yo, heredero del complejo de Edipo, es Inconciente (Icc) y también Pre-Conciente (Prcc) y Conciente (Cc).

DESPEDIDA

Una reflexión final antes de despedirnos. Muchos de ustedes estarán pensando qué hacer, qué estudiar, bien, si se decidiesen por estudiar Psicología, les diría que eligieron una carrera bellísima cuyo campo de acción es enorme y muy dinámico; es una práctica de mucha responsabilidad y muy gratificante, solo hay que estar atentos a los signos de la época, dispuestos a afrontar nuevos desafíos y ponerles el cuerpo y el alma.

Veán ustedes el modo cómo en nuestro país, en la última década, se han dictado leyes ampliatorias de derechos y que tienen alto impacto en la subjetividad, y abren, quizás, a la construcción cultural de nuevas subjetividades. Pensemos en la ley del matrimonio igualitario, la de identidad de género, la de interrupción voluntaria del embarazo, la de salud mental, las vinculadas con la paridad de género, etc., bueno, todo esto ya produce efectos en nuestra sociedad y en nuestra cultura. Para que todas estas cosas nuevas, que tienen que ver con la vida, con Eros, no se conviertan en letra muerta y sigan germinando nuevas realidades, espero, los invito, a que pongamos el cuerpo con nuestra práctica y de ese modo contribuyamos, como pensaba Sigmund Freud, a construir cultura y ponerle freno a las potencias de la muerte y la destrucción. Esto espero, este deseo, gracias por escucharme y permitirme decirlo.

BIBLIOGRAFÍA

- A.A. (2009) Ministerio de Educación de la Nación. Res. 343, 30/09/2009. En <https://www.argentina.gob.ar/normativa/nacional/resolucion-343-2009-158472/actualizado>. Anexo I.
- Aristóteles (1984). Moral, a Nicómaco. Madrid: Espasa-Calpe (escrito hacia 349 a. C.)
- Cottone, S, Greca, C y Gentile, A. (2017). La vigencia del psicoanálisis. Material de estudio, cátedra de Psicología. Rosario: s/i, s/e
- Freud, S. (1983) ¿Por qué de la guerra? (Einstein y Freud). OC. T XXII. CABA: Amorrortu. (ed. or. 1933)
- Freud, S. (1984) Introducción del narcisismo. OC. T XIV. CABA: Amorrortu. (ed. or. 1914)
- Freud, S. (1986) El malestar en la cultura. OC. T XXI. CABA: Amorrortu. (ed. or. 1930)
- Freud, S. (1987) Tres ensayos de teoría sexual. OC. T VII. CABA: Amorrortu. (ed. or. 1905)
- Freud, S. (1993 a) “Sobre la psicología de los procesos oníricos”, en La interpretación de los sueños. OC. T V. CABA: Amorrortu. (ed. or. 1900)
- Freud, S. (1993 b) Más allá del principio del placer. OC. T XVIII. CABA: Amorrortu. (ed. or. 1920)
- Freud, S. (1993 c) El sepultamiento del complejo de Edipo. OC. T XIX. CABA: Amorrortu. (ed. or. 1924)
- Freud, S. (1993 d) “La descomposición de la personalidad psíquica”, en Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. OC. T XXII CABA: Amorrortu. (ed. or. 1933)

Leví-Strauss, C. (1993) “Naturaleza y cultura”, en Las estructuras elementales del parentesco. CABA: Planeta / Agostini

ANTONIO GENTILE

Psicoanalista. Se tituló de grado como Psicólogo, en la Escuela Superior de Psicología de la UNR. Profesor Titular ordinario, desde 1987. Doctor UNR. Investigador Principal Consejo de Investigaciones (CIUNR).